

didadas acordadas la noche anterior se aplazaban ó desecharban, trató de quitar el obstáculo, y no le faltó pretexto para tomar una medida que le librase de su antagonista. Manifestó á Don Benito Juarez que la presencia de Zarco en San Luis era un obstáculo para la marcha uniforme de los negocios, y que, solo á condicion de que seria alejado de la ciudad al puerto de Matamoros, continuaria hecho cargo de la cartera. Don Benito Juarez, considerando importante la permanencia de Doblado en el ministerio, por el notable prestigio que tenia en su partido y por los grandes recursos que podria proporcionar á la causa el rico Estado de Guanajuato en que era respetado, convino, aunque con sentimiento, en que se alejase de San Luis á su amigo Zarco, así como á Don Manuel María Zamacona, contra quien pidió igual cosa el poderoso ministro. Alcanzado el consentimiento del presidente, D. Manuel Doblado dirigió una nota á D. Francisco Zarco dándole el plazo de muy breves horas para salir de San Luis y marchar confinado á Matamoros. La disposicion sorprendió en extremo á Zarco; pero resuelto á detener el golpe, contestó, que siendo presidente de la diputacion permanente del congreso, de ninguna manera estaba sometido á la jurisdiccion del ejecutivo, negándose, en consecuencia, á obedecer la órden. Dada esta contestacion, pidió una audiencia á Don Benito Juarez, á la cual asistió tambien en su compañía D. Manuel María Zamacona, que habia recibido órden igual. El presidente, ante las razones expuestas por su amigo y del señor Zamacona, cejó, les ofreció que no se llevaria á cabo la determinacion, y no obstante los convenios estipulados con su primer ministro, retiró la órden

1863. de destierro. En seguida tuvo una conferencia privada con D. Manuel Doblado, á quien llamó para hacerle saber lo acontecido. Se ignora lo que pasó entre el presidente y su ministro de relaciones en esa conferencia que duró dos horas. Lo que hay de cierto es, que el último salió de ella poco satisfecho; que pocos momentos despues dejó sobre una mesa escrita su renuncia del ministerio, así como una carta particular para D. Benito Juarez, y que, en seguida, á las tres de la tarde, salió brusca y airadamente de San Luis para su Estado de Guanajuato.

Vacante así la cartera de relaciones, entró á desempeñarla Don Sebastian Lerdo de Tejada, que habia tenido á su cargo la de gobernacion y justicia, y fué nombrado para ésta, D. José María Iglesias.

Mientras estos acontecimientos se operaban en San Luis y se dirigia á Europa la comision encargada de ofrecer el trono de Méjico al archiduque Maximiliano, éste, dispuesto á aceptarlo, en caso de que así lo pidiese la mayoría del país, como se le aseguraba, y que habia aprendido la lengua española, se dedicaba al estudio de la historia de Méjico desde la época de su independenciam, muy especialmente á la escrita por Don Lucas Alaman. A todos los mejicanos que iban á verle, de los varios que se hallaban en Europa, les hacia preguntas sobre el estado que guardaba la hacienda, sobre los productos del país, sobre las costumbres de sus habitantes y sobre cuanto pudiera deramar alguna luz á un gobernante que trata de conducir con acierto un pueblo digno. Animado de este noble deseo, sí, como queda dicho, los pueblos le elegian, llamaba

á su palacio de Miramar á las personas mas notables de Méjico que residian en París y en otras ciudades europeas, y pasaba largas horas con ellas, informándose de todo lo respectivo al país con cuya corona le brindaban. Una de las personas con quienes el archiduque Maximiliano deseaba hablar, era Don Francisco de Paula de Arrangoiz, mejicano instruido que habia desempeñado varios puestos importantes en su país y que habia elegido por residencia Madrid. Anhelando ver satisfecho su deseo, escribió dos cartas á Don José María Gutierrez de Estrada que se hallaba en París, en que le decia que hiciese presente su anhelo al señor Arrangoiz. Habiendo ido éste de Madrid á París á principios de Mayo, el señor Gutierrez de Estrada le enseñó las dos cartas donde el archiduque Maximiliano manifestaba su deseo de conocerle y verle pronto en Miramar. Don Francisco de Paula de Arrangoiz no puso inconveniente ninguno, y salió para Miramar, á donde llegó el 21 de Mayo. El archiduque le manifestó el mas distinguido aprecio. Seis dias permaneció en Miramar D. Francisco de Paula de Arrangoiz. En ellos le hizo el archiduque Maximiliano muchas preguntas respecto de Méjico, de su hacienda, de sus recursos, de la política que debia seguirse, de los hombres que mas figuraban en ella y del verdadero deseo de los pueblos. El señor Arrangoiz contestó á todas sus preguntas con noble lealtad, haciéndole conocer el sentimiento religioso de los habitantes en su inmensa mayoría, pero sin ocultarle los peligros de la empresa; peligros que no habian visto los demás individuos con quienes Maximiliano habia conferenciado, y que parecieron sorprenderle.

El futuro emperador de Méjico vió en las palabras de Don Francisco de Paula de Arrangoiz, la expresion de la verdad sincera, presentando las cosas bajo su exacto punto de vista, y quedó complacido de su visita, segun se desprende de los elogios que de él hizo en las cartas que escribió á D. José María Gutierrez Estrada y á Don José Hidalgo. Viendo en él un hombre de capacidad y conocedor de las cosas de su país, le propuso llevarle á Méjico en su compañía, si la aceptacion de la corona se realizaba; pero el señor Arrangoiz, aunque manifestándose agradecido á la distincion con que le trataba, se negó enteramente á su proposicion de ir con él á Méjico.

1863.

Agosto.

Con el mismo objeto de adquirir exacto conocimiento de las cosas del país con cuya corona se le brindaba, llamó á su palacio de Miramar á los señores arzobispos de Méjico y Michoacan D. Pelagio Antonio de Labastida y D. Clemente de Jesús Munguía, así como al obispo de Oajaca D. José María Covarrubias, que se hallaban en Europa, próximos á embarcarse para su país.

Maximiliano se manifestó con ellos altamente afectuoso; les habló de su anhelo por el brillo de la religion que es la base de la perfecta moral que regla la conducta de los hombres, y les prometió que si llamado por las poblaciones, aceptaba el trono que se le ofrecia, la iglesia y sus ministros conservarian el lustre que les correspondia.

Poco tiempo despues de las conversaciones que dejo indicadas entre los mejicanos que se hallaban en Europa y el archiduque Maximiliano, se recibió en Saint-Cloud, en la noche del 14 de Agosto, el despacho oficial de la Regen-

cia, anunciando la eleccion de Méjico en favor del expresado archiduque, como emperador. Inmediatamente comunicó Napoleon III la noticia, por telégrafo, al que habia sido honrado con aquel nombramiento, y el príncipe se manifestó dispuesto á aceptar la corona, pero aplazando su resolucion definitiva hasta que los Estados del nuevo imperio se adhiriesen al acta constitutiva de la Asamblea de Notables, y despues de someter la cuestion á un consejo de familia, presidido por su hermano el emperador de Austria.

Cuatro dias despues, el 18 de Agosto, los arzobispos de Méjico y Michoacan, así como el obispo de Oajaca, se embarcaron para Veracruz, en un vapor francés que debia salir dentro de breves horas del puerto de Saint Nazaire. Hallándose despidiéndose de los ilustres prelados D. Francisco de Paula de Arrangoiz, recibió un telégrama en que el archiduque Maximiliano le llamaba á Miramar. El señor Arrangoiz acudió al llamamiento; y cuando los prelados emprendian la navegacion hácia Méjico, se dirigió él á Miramar, donde encontró á D. José Hidalgo.

En el momento que se presentó, el archiduque Maximiliano le manifestó que, por encargo del emperador de los franceses le iba á dar la comision de ir, sin tardanza, á Lóndres, á ver en qué sentido se manifestaba el gabinete inglés, y muy especialmente lord Palmerston, respecto de los asuntos de Méjico despues de la recepcion hecha á las tropas francesas en la capital y en las demás poblaciones. Desde los sucesos de Orizaba, el 9 de Abril de 1862, en que se separaron los comisarios inglés y español de los representantes de la Francia en la cuestion de Méjico, Na-

oleon no habia querido volver á tratar ni tocar con Inglaterra el punto relativo á la intervencion. Por eso aconsejó al archiduque Maximiliano que enviase á Lóndres á un mejicano de capacidad que poseyese el idioma inglés, para que viese cómo pensaba el gabinete de la nacion británica en aquellos momentos. Maximiliano encargó á D. Francisco de Paula de Arrangoiz, en quien concurrían las condiciones que juzgaba necesarias, que fuese á París á recibir instrucciones del señor Drouyn de Lhuis, y la archiduchesa Carlota le dió una carta para el rey Leopoldo, en la cual le rogaba que recibiera al enviado y le diera carta para el jefe del gabinete inglés Palmerston.

Obsequiando los deseos manifestados por el archiduque Maximiliano, Don Francisco de Paula de Arrangoiz marchó á París, vió al señor Drouyn de Lhuis, y éste le dió una carta de recomendacion para lord Clarendon. Por lo que hace al rey Leopoldo, no quiso recibirle ni darle mas carta que una sin importancia ninguna que le envió á la posada en que se hospedó en Bruselas, para el ministro de Bélgica en Lóndres.

La conducta observada por el rey Leopoldo respecto al asunto de Méjico, fué verdaderamente extraña y particular. Habia aconsejado al archiduque, desde el primer dia, que aceptase la corona con que los mejicanos le brindaban; le habia aconsejado igualmente, al mismo tiempo que Napoleon III, que averiguase cómo pensaba el gobierno de la Gran-Bretaña sobre aquel negocio; pero, como dice Don Francisco de Paula de Arrangoiz al tocar este punto, «queria aparecer indiferente en el asunto á los ojos del gobierno británico y de la reina Amelia, su suegra, cuya

señora, desde el principio llevó muy á mal que su nieto político aceptara una corona que, segun creía S. M., le habia sido ofrecida por Napoleon y no por mejicanos.»

Navegando el arzobispo de Méjico á la vez que miembro de la Regencia del imperio mejicano D. Pelagio Antonio de Labastida hácia Veracruz, y dirigiéndose á Lóndres D. Francisco de Paula de Arrangoiz á desempeñar la delicada mision que le habia encomendado el archiduque Maximiliano, terminó el mes de Agosto.

Los asuntos de Méjico al ir á empezar el mes de Setiembre, quedaban llamando la atencion de las naciones de Europa y de América.

1863.

Setiembre.

CAPITULO XI.

Don Francisco de Paula de Arrangoiz tiene una entrevista en Lóndres con lord Palmerston.—En ella se habla de varios asuntos referentes á Méjico, entre ellos sobre si convenia ó no la libertad de cultos.—Varias escaramuzas.—Defensa de los vecinos imperialistas de Tepeji de la Seda.—Perecen en ella.—Toma de Perote por los imperialistas.—Sufren un revés en el sitio llamado los Ratonés, las fuerzas del general juarista Echeagaray.—Parte de la escolta que custodiaba una conducta de dinero, se subleva para apoderarse de ella.—Mueren queriendo reducir al órden á los rebelados el coronel juarista Montenegro y varios oficiales.—Fiestas patrióticas del 15, 16 y 27 de Setiembre en la capital de Méjico.—Notable discurso cívico pronunciado por el abogado D. Manuel Fernandez de Córdoba.—Oracion patriótica pronunciada el 16 por D. Joaquin de Castillo y Lanzas.—Algunas palabras contenidas en el discurso pronunciado el mismo dia 16 en Toluca por D. Francisco Garay y Tejada.—Llegan á Veracruz el arzobispo de Méjico Don Pelagio Antonio de Labastida, el de Michoacan D. Clemente de Jesús Munguía, y el obispo de